

los infelices eran degollados, á pesar de que pedían perdón de rodillas; parecía que sus enemigos se disputaban por cuál le descargaría más golpes.

Empero dos hombres que llevaban una tea en la mano se contentaban con arrancarle los cascos y examinarlos uno por uno, con la prolija minuciosidad de hombres sedientos de venganza, dejando á los que venían detrás el trabajo de matarlos.

Encontráronse los dos frente á frente en medio del tropel, y se reconocieron.

—¿Y el condestable? dijo Ile-Adam.

—Le ando buscando, contestó Perrinet.

—¡Señor Leclerc! gritó al mismo tiempo una voz.

Perrinet volvió la cabeza, y conoció al que le dirigía la palabra.

—¡Hola, Thiebert! le contestó; ¿qué me quieres?

—¿Podéis decirme dónde encontraré al capitán Ile-Adam?

—Yo soy, contestó este.

Entonces se acercó á él un hombre vestido con una ropilla toda manchada de yeso y cal.

—¿Es verdad, le dijo, que habéis prometido mil escudos de oro al que os entregue al condestable?

—Sí, repuso Ile-Adam.

—Pues venid á aprontármelos, continuó el albañil, y os diré el sitio donde está escondido.

—Apara en el mandil, dijo Ile-Adam; y le tiró varios puñados de oro. Ahora dime dónde está.

—En mi casa; venid conmigo.

Al propio tiempo oyeron una carcajada detrás de ellos; Ile-Adam se volvió para buscar á Perrinet Leclerc, ya había desaparecido.

—Vamos pronto, dijo el capitán, sígueme.

—Poco á poco, repuso Thiebert. Tenedme ese tea en tanto que cuento.

Ile-Adam, trémulo de ira é impacien-

cia, alumbró al albañil, que contó uno por uno hasta el último escudo; faltaban unos cincuenta.

—Señor mío, esta no es la cuenta, dijo el hombre.

Ile-Adam le echó en el mandil una cadena de oro que valía seiscientos escudos.

Thiebert empezó á andar delante de él.

Un hombre les llevaba bastante distancia; era Perrinet Leclerc.

Apenas hubo oído el ajuste de sangre que hacían Thiebert y el capitán, echó á correr fuera de sí con dirección á la casa del condestable, y detúvose delante de la puerta de Thiebert; estaba cerrada por dentro, pero su daga le prestó el mismo servicio que en la plaza de la Sorbonne, y abrió la puerta.

En el mismo instante oyó ruido en el cuarto que estaba más adentro.

—¿Quién está ahí?... preguntó

—¿Sois vos, patrón? contestó en voz baja el condestable.

—Sí, repuso Leclerc; apagad la luz, porque andan registrando casas y puede hacernos mal tercio.

Y vió al través de las hendiduras que dejaban entre sí las tablas del tabique, que el condestable seguía su consejo.

—Ahora, abridme.

Entreabrióse la puerta, y Perrinet se lanzó sobre el condestable, que dió un grito; la daga de Leclerc acababa de atravesarle el hombro derecho.

Trabóse una lucha mortal entre aquellos hombres.

El condestable, que se creía en seguridad bajo la salvaguardia de la promesa de Thiebert, estaba desarmado y medio desnudo. A pesar de tan notoria desventaja hubiera ahogado á Leclerc entre sus nervudos brazos, pero la herida le imposibilitaba el movimiento de uno de ellos; esto no obstante, abarcó al joven con el que le quedaba sano, apretóle fuertemente contra su pecho, y echando hacia él todo el peso de su cuerpo unido á su

fuerza, se tiró al suelo, esperando sin duda hacerle trizas el cráneo contra el pavimento.

En efecto, así hubiera sucedido si Perrinet no hubiera ido á dar, afortunadamente para él, con un colchón que había tendido en el suelo para que sirviese de cama.

El condestable lanzó un segundo gemido más fuerte que el primero.

Perrinet, que no había soltado la daga, acababa de escondérsela hasta la empuñadura en el brazo izquierdo.

Soltó entonces al joven, levantóse con gran dificultad y fué á caer dando tropezones sobre una mesa que estaba en medio del cuarto, perdiendo sangre y fuerzas por las dos heridas.

Perrinet se levantó también buscándole y llamándole.

De repente apareció en la puerta un tercer personaje con una tea en la mano y alumbró aquella escena.

Era Ile-Adam.

Perrinet se arrojó otra vez sobre el condestable.

—¡Detente!... gritóle Ile-Adam, ¡por tu vida, detente!

Y le cogió el brazo.

—Señor Ile-Adam, la vida de este hombre me pertenece, le dijo Leclerc: la reina me la ha dado; ahí tenéis su sello, dejadme.

Y diciendo esto sacó un pergamino del pecho y se le enseñó al capitán.

El conde de Armañac, derribado sobre la mesa é imposibilitado de defenderse por sus heridas, miraba alternativamente á aquellos hombres; sus dos brazos caídos y atravesados chorreaban sangre.

—Está bien, dijo Ile-Adam, yo no quiero su vida: todo puede componerse.

—¡Palabra de caballero! interrogó Leclerc deteniéndole otra vez.

—¡Palabra de caballero! contestó él, pero tengo que cumplir un voto. Mirame hacer.

Leclerc se cruzó de brazos y se dispuso

á mirar lo que iba á suceder. Ile Adam sacó su estoque, abarcó con toda la mano el ancho de la hoja por el extremo, de modo que la punta no sobresaliese más que como cosa de una pulgada desde el dedo pequeño, y se acercó al condestable.

Este, conociendo que todo había acabado ya en este mundo para él, cerró los ojos, echó la cabeza atrás y se puso á rezar.

—Condestable, le dijo Ile Adam arrancándole la camisa que le tapaba el pecho, condestable, ¿te acuerdas de un día en que juraste por Cristo y la Virgen no llevar la roja cruz de Borgoña mientras vivieses?

—Si, contestó el condestable, y he cumplido mi juramento, porque voy á morir.

—Conde de Armañac, repuso Ile-Adam bajándose hacia él y rasgándole el pecho con la punta del estoque, de modo que le dejara trazada una cruz sangrienta; has mentido con toda la boca, porque has llevado antes de morir la cruz de Borgoña grabada en el pecho. Eres un caballero desleal y mal nacido, pues faltas á tu juramento, en tanto que yo he cumplido el mío.

El condestable no contes tó más que con un suspiro. Ile-Adam volvió á envainar su espada.

—Esto es todo lo que yo quería de tí, añadió, muere ahora como un perjuro y villano. A tí te toca, Perrinet Leclerc.

El condestable volvió á abrir los ojos, y repitió con moribunda voz:

—¡Perrinet Leclerc!

—Sí, dijo este arrojándose de nuevo sobre el malhadado conde de Armañac, próximo á espirar: sí, Perrinet Leclerc, aquel á quien medio mataron á golpes los soldados por orden tuya. Parece que todo el mundo ha hecho aquí su juramento.

Pues sabed que yo hecho dos. El primero, condestable, era que sabrias á la

hora de tu muerte que la reina Isabel de Babiera era la que te arrebatara París en cambio de la vida del caballero de Bourdon: ese está ya cumplido, puesto que lo sabes.

El segundo, conde de Armañac, era que habias de morir al saberlo, y este, añadió clavándole la daga en el corazón, le he cumplido tan religiosamente como el primero. Dios se lo pague en este mundo y en el otro al que cumple honradamente su palabra.

CAPITULO XX

MUERTE DEL DUQUE DE BORGONA

Apoderado de París el poderoso duque de Borgoña, tomó completá posesión en él, y dió comienzo su reinado en la historia de Francia, quedando tarea intermisible al novelista que quisiera seguirlo paso á paso.

Dejaremos en cuidado al historiador, y para acercarnos al desenlace de esta historia, nos trasladaremos al 11 de Julio del año siguiente, fecha en que, después de haber batallado por largo tiempo el duque de Borgoña contra su señor el rey Carlos, se iban á celebrar paces en virtud de un tratado, cuyo único objeto era preparar una emboscada á Juan Sin Miedo.

En ese día, 11 de Julio, hacia las siete de la mañana, dos grupos considerables, uno de los borgoñones que salían de Corbeil, y otro de franceses que venían de Melún, marcharon uno contra otro para darse batalla.

Lo que hubiera podido dar más peso á esta suposición es que todas las precauciones acostumbradas en semejantes ocasiones habían sido estrictamente observadas por los dos bandos: los hombres y los caballos estaban cubiertos de sus ar-

maduras de guerra, los escuderos y los pajes llevaban sus lanzas, y cada caballero tenía colgada á mano el hacha de armas en el arzón de la silla.

Habiendo llegado cerca del castillo de Poulli, en la calzada de los estanques de Vert, las dos tropas enemigas se hallaron á la vista: al instante, de una parte y de otra se hizo alto, las viseras se bajaron, los escuderos presentaron sus lanzas, y con un movimiento unánime las dos tropas se pusieron en camino con la lentitud de la desconfianza y de la precaución.

Llegados á dos tiros de flecha unos de otros, se detuvieron de nuevo: de cada uno de los bandos salieron once caballeros con la visera baja y se adelantaron dejando la tropa á que pertenecían inmóviles detrás de ellos como una muralla de bronce; á veinte pasos solamente hicieron nuevo alto; de cada uno de los lados se apeó un hombre, echó la brida al brazo de su vecino, y se adelantó al encuentro del que venía á buscarlo hasta la mitad del espacio que hasta entonces les habia separado.

A cuatro pasos uno de otro levantaron el que la visera de sus cascos, y cada uno reconoció en el otro de estos dos hombres al delfín Carlos, duque de Lorena, y en el otro á Juan Sin-miedo, duque de Borgoña.

Luego que el duque Juan vió que avanzaba á su encuentro era el hijo de su soberano y señor, se inclinó doblando una rodilla en tierra.

El joven Carlos le tomó la mano, le besó en ambas mejillas y quiso hacerle levantar; pero el duque se negó á ello diciendo:

(Se continuará.)

los infelices eran degollados, á pesar de que pedían perdón de rodillas; parecía que sus enemigos se disputaban por cuál le descargaría más golpes.

Empero dos hombres que llevaban una tea en la mano se contentaban con arrancarle los cascos y examinarlos uno por uno, con la prolija minuciosidad de hombres sedientos de venganza, dejando á los que venían detrás el trabajo de matarlos.

Encontráronse los dos frente á frente en medio del tropel, y se reconocieron.

—¿Y el condestable? dijo Ile-Adam.

—Le ando buscando, contestó Perrinet.

—¡Señor Leclerc! gritó al mismo tiempo una voz.

Perrinet volvió la cabeza, y conoció al que le dirigía la palabra.

—¡Hola, Thiebert! le contestó; ¿qué me quieres?

—¿Podéis decirme dónde encontraré al capitán Ile-Adam?

—Yo soy, contestó este.

Entonces se acercó á él un hombre vestido con una ropilla toda manchada de yeso y cal.

—¿Es verdad, le dijo, que habéis prometido mil escudos de oro al que os entregue al condestable?

—Sí, repuso Ile-Adam.

—Pues venid á aprontármelos, continuó el albañil, y os diré el sitio donde está escondido.

—Apara en el mandil, dijo Ile-Adam; y le tiró varios puñados de oro. Ahora dime dónde está.

—En mi casa; venid conmigo.

Al propio tiempo oyeron una carcajada detrás de ellos; Ile-Adam se volvió para buscar á Perrinet Leclerc, ya había desaparecido.

—Vamos pronto, dijo el capitán, si gueme.

—Poco á poco, repuso Thiebert. Tenedme ese tea en tanto que cuento.

Ile-Adam, trémulo de ira é impacien-

cia, alumbró al albañil, que contó uno por uno hasta el último escudo; faltaban unos cincuenta.

—Señor mío, esta no es la cuenta, dijo el hombre.

Ile-Adam le echó en el mandil una cadena de oro que valía seiscientos escudos.

Thiebert empezó á andar delante de él.

Un hombre les llevaba bastante distancia; era Perrinet Leclerc.

Apenas hubo oído el ajuste de sangre que hacían Thiebert y el capitán, echó á correr fuera de sí con dirección á la casa del condestable, y detúvose delante de la puerta de Thiebert; estaba cerrada por dentro, pero su daga le prestó el mismo servicio que en la plaza de la Sorbonne, y abrió la puerta.

En el mismo instante oyó ruido en el cuarto que estaba más adentro.

—¿Quién está ahí?... preguntó

—¿Sois vos, patrón? contestó en voz baja el condestable.

—Sí, repuso Leclerc; apagad la luz, porque andan registrando casas y puede hacernos mal tercio.

Y vió al través de las hendiduras que dejaban entre sí las tablas del tabique, que el condestable seguía su consejo.

—Ahora, abridme.

Entreabrióse la puerta, y Perrinet se lanzó sobre el condestable, que dió un grito; la daga de Leclerc acababa de atravesarle el hombro derecho.

Trabóse una lucha mortal entre aquellos hombres.

El condestable, que se creía en seguridad bajo la salvaguardia de la promesa de Thiebert, estaba desarmado y medio desnudo. A pesar de tan notoria desventaja hubiera ahogado á Leclerc entre sus nervudos brazos, pero la herida le imposibilitaba el movimiento de uno de ellos; esto no obstante, abarcó al joven con el que le quedaba sano, apretóle fuertemente contra su pecho, y echando hacia él todo el peso de su cuerpo unido á su

fuerza, se tiró al suelo, esperando sin duda hacerle trizas el cráneo contra el pavimento.

En efecto, así hubiera sucedido si Perrinet no hubiera ido á dar, afortunadamente para él, con un colchón que había tendido en el suelo para que sirviese de cama.

El condestable lanzó un segundo gemido más fuerte que el primero.

Perrinet, que no había soltado la daga, acababa de esconderla hasta la empuñadura en el brazo izquierdo.

Soltó entonces al joven, levantóse con gran dificultad y fué á caer dando tropezones sobre una mesa que estaba en medio del cuarto, perdiendo sangre y fuerzas por las dos heridas.

Perrinet se levantó también buscándole y llamándole.

De repente apareció en la puerta un tercer personaje con una tea en la mano y alumbró aquella escena.

Era Ile-Adam.

Perrinet se arrojó otra vez sobre el condestable.

—¡Detente!... gritóle Ile-Adam, ¡por tu vida, detente!

Y le cogió el brazo.

—Señor Ile-Adam, la vida de este hombre me pertenece, le dijo Leclerc: la reina me la ha dado; ahí tenéis su sello, dejadme.

Y diciendo esto sacó un pergamino del pecho y se le enseñó al capitán.

El conde de Armañac, derribado sobre la mesa é imposibilitado de defenderse por sus heridas, miraba alternativamente á aquellos hombres; sus dos brazos caídos y atravesados chorreaban sangre.

—Está bien, dijo Ile-Adam, yo no quiero su vida: todo puede componerse.

—¡Palabra de caballero! interrogó Leclerc deteniéndole otra vez.

—¡Palabra de caballero! contestó él, pero tengo que cumplir un voto. Mirame hacer.

Leclerc se cruzó de brazos y se dispuso

á mirar lo que iba á suceder. Ile-Adam sacó su estoque, abarcó con toda la mano el ancho de la hoja por el extremo, de modo que la punta no sobresaliese más que como cosa de una pulgada desde el dedo pequeño, y se acercó al condestable.

Este, conociendo que todo había acabado ya en este mundo para él, cerró los ojos, echó la cabeza atrás y se puso á rezar.

—Condestable, le dijo Ile-Adam arrancándole la camisa que le tapaba el pecho, condestable, ¿te acuerdas de un día en que juraste por Cristo y la Virgen no llevar la roja cruz de Borgoña mientras vivieses?

—Sí, contestó el condestable, y he cumplido mi juramento, porque voy á morir.

—Conde de Armañac, repuso Ile-Adam bajándose hacia él y rasgándole el pecho con la punta del estoque, de modo que le dejara trazada una cruz sangrienta; has mentido con toda la boca, porque has llevado antes de morir la cruz de Borgoña grabada en el pecho. Eres un caballero desleal y mal nacido, pues faltas á tu juramento, en tanto que yo he cumplido el mío.

El condestable no contes tó más que con un suspiro. Ile-Adam volvió á envainar su espada.

—Esto es todo lo que yo quería de tí, añadió, muere ahora como un perjuro y villano. A ti te toca, Perrinet Leclerc.

El condestable volvió á abrir los ojos, y repitió con moribunda voz:

—¡Perrinet Leclerc!

—Sí, dijo este arrojándose de nuevo sobre el malhadado conde de Armañac, próximo á espirar: sí, Perrinet Leclerc, aquel á quien medio mataron á golpes los soldados por orden tuya. Parece que todo el mundo ha hecho aquí su juramento.

Pues sabed que yo hecho dos. El primero, condestable, era que sabrías á la

hora de tu muerte que la reina Isabel de Babiera era la que te arrebatara París en cambio de la vida del caballero de Bourdon; ese está ya cumplido, puesto que lo sabes.

El segundo, conde de Armañac, era que habías de morir al saberlo, y este, añadió clavándole la daga en el corazón, le he cumplido tan religiosamente como el primero. Dios se lo pague en este mundo y en el otro al que cumple honradamente su palabra.

CAPITULO XX

MUERTE DEL DUQUE DE BORGONA

Apoderado de París el poderoso duque de Borgoña, tomó completa posesión en él, y dió comienzo su reinado en la historia de Francia, quedando tarea interminable al novelista que quisiera seguirlo paso á paso.

Dejaremos en cuidado al historiador, y para acercarnos al desenlace de esta historia, nos trasladaremos al 11 de Julio del año sihuiente, fecha en que, después de haber batallado por largo tiempo el duque de Borgoña contra su señor el rey Carlos, se iban á celebrar paces en virtud de un tratado, cuyo único objeto era preparar una emboscada á Juan Sin Miedo.

En ese día, 11 de Julio, hacia las siete de la mañana, dos grupos considerables, uno de los borgoñones que salían de Corbeil, y otro de franceses que venían de Melún, marcharon uno contra otro para darse batalla.

Lo que hubiera podido dar más peso á esta suposición es que todas las precauciones acostumbradas en semejantes ocasiones habian sido estrictamente observadas por los dos bandos: los hombres y los caballos estaban cubiertos de sus ar-

maduras de guerra, los escuderos y los pajes llevaban sus lanzas, y cada caballero tenía colgada á mano el hacha de armas en el arzón de la silla.

Habiendo llegado cerca del castillo de Poulli, en la calzada de los estanques de Vert, las dos tropas enemigas se hallaron á la vista: al instante, de una parte y de otra se hizo alto, las viseras se bajaron, los escuderos presentaron sus lanzas, y con un movimiento unánime las dos tropas se pusieron en camino con la lentitud de la desconfianza y de la precaución.

Llegados á dos tiros de flecha unos de otros, se detuvieron de nuevo: de cada uno de los bandos salieron once caballeros con la visera baja y se adelantaron dejando la tropa á que pertenecían inmóviles detrás de ellos como una muralla de bronce; á veinte pasos solamente hicieron nuevo alto; de cada uno de los lados se apeó un hombre, echó la brida al brazo de su vecino, y se adelantó al encuentro del que venía á buscarlo hasta la mitad del espacio que hasta entonces les habia separado.

A cuatro pasos uno de otro levantaron el que la visera de sus cascos, y cada uno reconoció en el otro de estos dos hombres al delfín Carlos, duque de Lorena, y en el otro á Juan Sin-miedo, duque de Borgoña.

Luego que el duque Juan vió que avanzaba á su encuentro era el hijo de su soberano y señor, se inclinó doblando una rodilla en tierra.

El joven Carlos le tomó la mano, le besó en ambas mejillas y quiso hacerle levantar; pero el duque se negó á ello diciendo:

(Se continuará.)

Entre diplomáticos:
—Chico, me han hecho gran cordón.
—Y a mí gran elefante.
Los dos a coro:
—¡Qué honor!

BOLSIN

A las cinco.—Continúan ganando ventajitas los precios de los valores.
El 4 por 100 interior, al contado y a fin de mes, se hizo a 65.70.
A las doce.—Sin alteración en los precios. Barcelona.—Sin partes.

Paris 7.—Bolsa: fondos franceses, 3 por 100, 81.40; 4 1/2 por 100, 107.85.
Fondos españoles: 4 por 100 exterior, 66.75.
Obligaciones de Cuba, 481.50.
Consolidados ingleses, 103 1/8.
Ultima hora: 4 por 100 exterior español, 66.23/8.
Londres 7.—Clasura de la Bolsa de hoy: 4 por 100 exterior español, 66 1/4.

SITUACION DE FUERZAS

Publicamos a continuación la situación actual de las fuerzas del ejército:

Regimientos de infantería

Reg. núm. 1.º en Zaragoza; 2.º dos compañías en Zaragoza, una en Teruel y una en Monzón y Mequinenza.—Reina, 2.º, 1.º y 2.º, en Ceuta.—Príncipe, núm. 3.º, 1.º y 2.º, en Valladolid.—Princesa, 4.º, 1.º y 2.º, Valencia.—Infante, 5.º, 1.º y 2.º, en Zaragoza.—Saboya, 6.º, 1.º y 2.º, en Leganes.—Africa, 7.º, 1.º y 2.º, en San Sebastián; 2.º y 3.º, compañías en Vera y Echalar (Navarra).—Zamora, 8.º, primero y 2.º, en la Coruña.—Soria, 9.º, primero y 2.º, en Sevilla.—Córdoba, 10.º, 1.º y 2.º, en Granada.—San Fernando, 11.º, primero y 2.º, en Leganes.—Zaragoza, 12.º, primero y 2.º, en Madrid.—Mallorca, 13.º, 1.º y 2.º, en Pamplona.—Extremadura, 15.º, primero, Algeciras; 2.º, dos compañías en la línea y dos en San Roque.—Castilla, 16.º, 1.º, tres compañías en Badajoz y una en Cáceres; 2.º, en Badajoz.—1.º, tres compañías, en Málaga y una en Jaén; 2.º, dos compañías en Málaga, una en Almeria y una en Linares.—Almansa, 18.º, 1.º y 2.º, Barcelona.—Galicia, 19.º, 1.º, tres compañías en Jaena y una en Fraga; 2.º, dos compañías en Huesca, una en Villamayor y una en Calatayud.—Guadalajara, 20.º, 1.º, dos compañías en Castellón y dos en Morella; 2.º, en Castellón.—Aragón, 21.º, 1.º, en Figueras, un oficial y tres individuos en las islas Medas; 2.º, en Junquera.—Gerona, 22.º, 1.º y 2.º, en Zaragoza.—Valencia, 23.º, 1.º, dos compañías en Irún y dos en San Sebastián; 2.º, San Sebastián.—Bailén, 24.º, 1.º y 2.º, en Burgos.—Navarra, 25.º, 1.º, en Torroja; 2.º, en Tarragona.—Albuera, 26.º, 1.º, dos compañías en Chafarinas, una en el Peñón y una en Alhucemas; 2.º, en Melilla.—Cuenca, 27.º, 1.º, dos compañías en Alcalá y dos en Ceuta; 2.º, en Alcalá.—Luchana, 28.º, 1.º y 2.º, en Lérida.—Constitución, 29.º, 1.º, dos compañías en Pamplona y dos en Sangüesa; 2.º, batallón en Lleida.—Lealtad, 30.º, en Logroño.—Asturias, 31.º, en Madrid.—Isabel II, 32.º, en Valladolid.—Sevilla, 33.º, en Valencia.—Granada, 34.º, en Córdoba.—Toledo, 35.º, 1.º, en Ciudad-Rodrigo; 2.º, tres compañías en Béjar y una en Salamanca.

ea.—Burgos, núm. 36, 1.º y 2.º en Burgos.—Murcia, 37.º, 1.º, dos compañías en Coruña y dos en Tuy; 2.º, en Vigo.—León, 38.º, en Madrid.—Cantabria, 39.º, en Pamplona.—Málaga, 40.º, en Tarragona.—Covadonga, 41.º, en Alcalá de Henares.—Baleares, 42.º, en Guadalajara.—Canarias, 43.º, en Madrid.—Antillas, 44.º, en Cádiz.—Garellano, 45.º, en Bilbao.—San Marcial, 46.º, 1.º, en Santoña; 2.º, dos compañías en Santander y dos en Santoña.—Tetuán, 47.º, 1.º, tres compañías en Alcoy y una en Mérida; 2.º, tres compañías en Alicante y una en Albaladejo.—España, 48.º, en Valencia.—San Quintín, 49.º, 1.º, en Seo de Urgel; 2.º, en Lérida.—Pavía, 50.º, tres compañías en Jerez y una en Huelva; 2.º, en Sevilla.—Otumba, 51.º, 1.º, en Valencia; 2.º, en Melilla.—Filipinas, 52.º, 1.º, en Mahón; 2.º, dos compañías en Mahón y dos en la fortaleza de Isabel II.—Vad Ras, 53.º, en Madrid.—Vizeya, 54.º, en Cartagena.—Anáhuac, 55.º, 1.º, en Santoña; 2.º, en Soria.—Mindanao, 56.º, en Palma.—Guipúzcoa, 57.º, en Barcelona.—Luzón, 58.º, 1.º, en Ferrol; 2.º, dos compañías en Orseña, una en Lugo y una en Pontevedra.—Asia, 59.º, 1.º, en Gerona; 2.º, dos compañías en Gerona y dos en Puigcerdá.—Alava, 60.º, 1.º y 2.º, en Algeciras y Tarifa.—Fijo de Ceuta, en Ceuta.

Batallones de cazadores

Cataluña, 1.º, Sevilla.—Madrid, 2.º, Orduña.—Barcelona, 3.º, Barcelona.—Barbastro, 4.º, Victoria.—Tarría, 5.º, Badajoz.—Figueras, 6.º, P. M. y dos compañías en Olot, dos en San Juan de las Abadesas.—Ciudad Rodrigo, 7.º, Madrid.—Alba de Tormes, 8.º, Valencia.—Arapiles, 9.º, Madrid.—Navas, 10.º, Victoria.—Llerena, 11.º, Victoria.—Segorbe, 12.º, Cádiz.—Merida, 13.º, Barcelona.—Estrella 14.º, Victoria.—Alfonso XII, 15.º, Barcelona.—Reus, 16.º, Coruña.—Cuba, 17.º, Málaga.—Habana, 18.º, tres compañías en Oviedo, y una en León.—Puerto Rico, 19.º, Madrid.—Manila, 20.º, Madrid.—Fenerife, 21.º, Santa Cruz de Tenerife.—Disciplinario de Melilla, Melilla.

Regimientos de caballería

Reg. 1.º, en Zaragoza.—Reina, 2.º, en Alcalá de Henares.—Príncipe, 3.º, en Barcelona; un escuadrón en Mataró.—Borbón, 4.º, en Reus; un destacamento en Lérida.—Farnesio, 5.º, en Valencia.—Villaviciosa, 6.º, en Badajoz.—España, 7.º, en Burgos.—Sagunto, 8.º, en Valencia.—Santiago, 9.º, en Granada.—Montesa, 10.º, en Madrid.—Numancia, 11.º, en Pamplona.—Lusitania, 12.º, en Aranjuez.—Almansa, 13.º, P. M. y dos escuadrones en Salamanca, dos en Zamora.—Alcantara, 14.º, en Villanueva y Geltrú, Gerona y Figueras; dos secciones en Olot.—Talavera, 15.º, en Valladolid.—Albuera, 16.º, en Logroño.—Tetuán, 17.º, en Barcelona.—Castillejos, 18.º, en Zaragoza; un escuadrón en Huesca.—Princesa, 19.º, en Madrid.—Pavía, 20.º, en Madrid.—Alfonso XII, 21.º, en Sevilla; una sección en Utrera.—Sesma, 22.º, en Valencia.—Villarrobledo, 23.º, en Córdoba.—Arlabán, 24.º, en Victoria.—Galicia, 25.º, en Coruña.—Mallorca, 26.º, tres escuadrones en Villafranca del Panadés y uno en Palma de Mallorca.—María Cristina, 27.º, en Alcalá de Henares.—Victoria, 28.º, en Jerez.

Escuadrones

Escuela Real, en Madrid.—Ceuta, en Ceuta.

Regimientos de artillería

1.º de montaña, en Barcelona; una batería en Valencia y otra en Algeciras; 2.º id., en Victoria; cinco baterías en Bilbao.—Regimiento de sitio, tres baterías en Madrid y una en Carabanchel.—1.º de cuerpo de ejército, en Sevilla.—Valencia, 18.º, en Zaragoza; un escuadrón en Huesca.—Princesa, 19.º, en Madrid.—Pavía, 20.º, en Madrid.—Alfonso XII, 21.º, en Sevilla; una sección en Utrera.—Sesma, 22.º, en Valencia.—Villarrobledo, 23.º, en Córdoba.—Arlabán, 24.º, en Victoria.—Galicia, 25.º, en Coruña.—Mallorca, 26.º, tres escuadrones en Villafranca del Panadés y uno en Palma de Mallorca.—María Cristina, 27.º, en Alcalá de Henares.—Victoria, 28.º, en Jerez.

goza; 3.º id., en Valencia; 4.º id., en Barcelona; 5.º id., en Madrid.

Batallones de artillería de plaza

1.º, en Barcelona cuatro compañías; una en Lérida, Tortosa y Tarragona, y una en Gerona, Seo y Figueras.—2.º, cuatro compañías en Cádiz y dos en Badajoz, con un destacamento en Ciudad-Rodrigo.—3.º, tres compañías en Ceuta; una en Málaga, Alhucemas y Peñón; una en Melilla y Chafarinas, y una en Algeciras y Tarifa.—4.º, dos y media compañías en Ferrol, media en Coruña, media en Vigo y media en Gijón.—5.º, tres compañías en Pamplona, una en San Sebastián y Jaca.—6.º, tres y media compañías en Cartagena, media en Alicante y Peñíscola.—7.º, dos y media compañías en Santoña, una en Bilbao, media en Burgos.—8.º, dos compañías en Mahón, una en Palma y una en la fortaleza de Isabel II.—9.º, en Santa Cruz de Tenerife, con un destacamento en Palma.

Ingenieros

Zapadores minadores, núm. 1.º primer batallón, una compañía en Burgos, dos en Pamplona y una en San Sebastián; 2.º, en Burgos.—Zapadores minadores, núm. 2.º, en Madrid.—Zapadores minadores, núm. 3.º primer batallón, en Sevilla; 2.º, tres compañías en Sevilla y una en Melilla.—Zapadores minadores, núm. 4.º primer batallón, en Barcelona; una compañía en Cartagena; 2.º, en Barcelona, una compañía en Mahón, una en Jaca.—Pontoneros, en Zaragoza.—Batallón de ferrocarriles, en Madrid.—Batallón de telégrafos, en Madrid.—Brigada topográfica, en Pamplona.

ENTRE BASTIDORES

Esta noche no hay función en el Real. Mañana tendrá efecto la segunda audición de la ópera de Meyerbeer, La Stella del Nord, en que tanto se distinguen la señora Gárgano y nuestro compatriota Uetam. Los ensayos de la ópera de Wagner, Loghenrin, continúan con actividad bajo la dirección acertadísima del maestro Mancinelli, y es probable que, a fines de la semana actual, se ponga en escena.

El estado de gravedad en que se halla la distinguida esposa del autor dramático don José Echegaray, hace suponer que el nuevo drama El hijo de carne y el hijo de hierro, no se estrenará el martes como se había anunciado.

En la serie de conciertos que en el teatro del Príncipe Alfonso dará la Sociedad de Conciertos de Madrid, que dirige el maestro Bretón, además del Sr. Planté y el violinista Fernández Arbós, de que ya dimos cuenta a nuestros lectores, tomarán parte los pianistas señores Albeniz y Vallejo, este último primer premio del Conservatorio de París, y el violoncellista Sr. Rubio, que actualmente está siendo muy aplaudido en Berlín.

Con tales elementos, es casi seguro que el distinguido público de Madrid sabrá premiar los sacrificios que a la Sociedad de Conciertos ocasiona el poder ofrecer notabilidades artísticas como las que dejamos consignadas.

El Siglo XIX, de Génova, publica un largo artículo acerca de la representación de la ópera de Verdi, Don Carlos, en el teatro Carlo Felice de aquella capital, haciendo elogios

de una compatriota nuestra, la prima donna doña Concepción Borsada, que interpretó con acierto indecible el interesante y difícil papel de Isabel.

Dice el periódico citado que aquella artista posee dotes muy recomendables; frases de una manera clara; tiene condiciones dramáticas; su voz, si bien de mediana potencia, es extensa, homogénea, y la modula por modo artístico.

ANUNCIOS RECOMENDADOS

CAZADORES Y VIAJANTES

Cubiertos para campo y viaje, con su cesta desde 6 pesetas en adelante. El cubierto de 6 pesetas, cuyos tres platos varían frecuentemente, se compone de lo que sigue: Pan.—Salchichón.—Jamón en dulce.—pastel de liebre.—Pavo trufado.—Pasteles.—Fruta. Queso.

SUIZO MODERNO

Sevilla, núm. 16.

ENRIQUETA FERIO

(ANTES HONORINE)

MODAS, VESTIDOS, ABRIGOS

6, Calle de Alcalá, 6

MADRID

LA SOLEDAD

Efectos fúnebres

SU ÚNICO DEPÓSITO 10—DESEGAÑO—10

DR. LACORT

ENFERMEDADES DE LA MUJER Y DE LOS NIÑOS

Campomanes, 8, principal izquierda

PLANTAS Y FLORES.—CABALLERO DE GRACIA, 17.—Vaseal anunciarse en cuarta plana.

2.000 pesetas a realizar con 50 pesetas.—Negocio serio.—Sin igual.—Seguridad y garantía.—Nada del juego y nada de Bolsa.—Todo nuevo.—Absolutamente probado.—Preguntar inmediatamente las explicaciones importantes al Sr. Alex y Compañía, en París, núm. 8, rue Bagneux. Informaciones gratuitas. Se habla en español.

HIERRO BRAVAIS

ARMERIA — FALDÉS — FORTALEZA DE BARRER

Dispuesto en la mayoría de las farmacias del extranjero

ANUNCIANTES

La Agencia General de Representación y Publicidad se encarga de la inserción de los anuncios, reclamos, noticias, y comunicados en todos los periódicos de la capital y provincias, con una gran ventaja para vuestros intereses. Pidense tarifas, que se remiten a vuestro correo. Se cobra por meses, presentando los comprobantes.

BARRIO-NUOVO, 7 y 9, MADRID.

A. VALLEJO

GRANDES REBAJAS EN SILLERÍAS, MUEBLES, GABINETES Y COLGADURAS, PREMIADOS EN VARIAS EXPOSICIONES. Exportación a provincias, catálogos ilustrados.—Teléfono núm. 476.

19, PUEBLA, 19

FRENTE A LAS OBRAS DE SAN ANTONIO DE LOS PORTUGUESES EL MOMENTO UNICO

A. ROMERO A.

EDITOR

Comercio general de música, pianos y otros artículos.

GRAN SALÓN DE CONCIERTOS

10, Capellanes, 10 — Madrid

HIERRO BRAVAIS

PARA PREPARAR INSTANTANEAMENTE EL AGUA DE HIERRO

Dispuesto en la mayoría de las farmacias del extranjero

EL PENINSULAR

GRAN BAZAR DE ROPAS HECHAS

23, calle de Tetuán, 23

entre la del Carmen y Precados MADRID

Los surtidos que esta importante casa acaba de recibir, son inmensos, ricos, perfectos y extraordinariamente baratos.

El que quiera vestir barato y elegante, que visite el acreditado bazar EL PENINSULAR.

23, calle de Tetuán, 23 Madrid

MADRID

IMPRESA DE ALFREDO ALONSO

Calle del Soldado núm. 1

SIN FIADOR

LA VERDAD

62, Jacometrezo, 62

Primera casa en España en venta de camas y muebles de ebanistería: a plazos desde

UNA PESETA SEMANAL

Fábrica: Paseo de la Habana, 12 (Chamberí) T. Ido, 5.

EPILEPSIA

ó accidentes nerviosos

(mal de San Pau) y otras enfermedades nerviosas, como el histerismo, histero epilepsia, baile de San Vito, etcétera.

Se cura radicalmente, por antiguo que sea el padecimiento, con el infalible jarabe de F. Urgell.—Los efectos son inmediatos siguiendo el plan indicado en los prospectos, que se facilitan gratis.—Vich: Botica de la Merced, Riera, 22.—Madrid: Farmacia de Martínez, Jacometrezo, 32, y del Doctor Ferrari, plaza de San Ildefonso.

Se cura radicalmente, por antiguo que sea el padecimiento, con el infalible jarabe de F. Urgell.—Los efectos son inmediatos siguiendo el plan indicado en los prospectos, que se facilitan gratis.—Vich: Botica de la Merced, Riera, 22.—Madrid: Farmacia de Martínez, Jacometrezo, 32, y del Doctor Ferrari, plaza de San Ildefonso.

Se cobra por meses, presentando los comprobantes.

deciencia; solo que a Bussy le parte...
pero delante de este floraba una...
pero delante de este floraba una...
pero delante de este floraba una...

